

(Núm. 133).



RELACION MÍSTICA Y CONTEMPLATIVA

que refiere la Sagrada Pasion y muerte dolorosa de Cristo nuestro amante Redentor.

Bañando está las prisiones
con lágrimas que derrama
aquel Señor soberano
digno de eterna alabanza,
con dolores y suspiros,
así dice estas palabras:
Cristiano, ¡cuánto me cuestas
hombre, y qué mal me pagas!
alma, ¿y qué quieres de mí?
mira, pues, que vas errada.

Vésme aquí, estoy azotado
de aquellas manos ingratas;
vésme aquí, estoy escupido
de aquellas bocas malvadas.
Aquí estoy como un esclavo,
en este balcon me sacan,
por ver si esta gente hebrea
se adolece de mis llagas.
Antes dicen: *Muera, muera,*
¡crucificalo! ¿Qué aguardas?

á Barrabás te pedimos
que lo sueltes sin tardanza.
Entonces el presidente,
que era el que mas lo escuchaba,
mandó que allí le tragesen
un page que está de guardia,
para lavarse las manos
una bacía con agua,
entendiendo que con esto
su conciencia descargaba
de aquella inicua sentencia
que por miedo promulgaba.
Y sentándose en su sólio,
pronunció sentencia clara:
«muera Jesus Nazareno,
pues todo el comun lo aclama,
que Hijo de Dios se hace
con enredos y marañas,
siendo un alborotador
de repúblicas y plazas,
como lo dirá el pregon
cuando por las calles vaya.»
Ya está todo concluido,
prevénganse las escuadras,
al instante los soldados
todos con espada y lanza,
pónganse de punta en blanco,
alerta, no se nos vaya.
Al arma, al arma, la gente;
y con cruz enarbolada
sacan á Jesus divino
con la soga en la garganta,
sus ojos hechos dos fuentes,
la túnica ensangrentada.
sangrienta barba y cabello;
salió esta Luz soberana,
descalzo de pie y pierna,
dos ladrones por compañía.
Seis verdugos van delante,
otro seis de retaguardia,
tambien iba un pregonero
publicando en voces altas

el tenor de la sentencia,
como queda declarada.
Iba con la cruz á cuestas
el Redentor de las almas,
fatigado y sin aliento
lleno de mortales ánsias,
y porque llegase vivo
á un Cirineo alquilaban.
Con el peso de las culpas
que en esta cruz se cifraban,
falto de valor el cuerpo,
las rodillas se le traban,
y con la cruz dió en el suelo,
tanto que la boca sacra
á besar llegó la tierra,
y á puntapiés lo levantan.
Por el rastro de la sangre
venia llorando el Alba
del mejor sol de justicia.
María Virgen sagrada,
pues san Juan la dió el aviso
del modo que le trataban.
Entró por medio las tropas
aquella Paloma blanca,
aquella hermosa Azucena
aquella luna eclipsada.
En contróse con su Hijo,
y de dolor traspasada,
con el corazon le dice:
Hijo, cómo no me hablas?
mi Bien, ya no me conoces?
mírame, rosa temprana,
tu Madre soy, Jesus mio,
vésme aquí desamparada,
afligida mas que todas,
sin hallar alivio en nada.
Y con este sentimiento
fué siguiendo las pisadas
del Hijo la tierna madre,
sin que nadie lo estorbara,
que fue permission divina
que todos la veneráran.

Al salir de la ciudad
por la puerta Judiciaria,
se le pusieron delante
dos hermosas ciudadanas
hijas de Jerusalem:
y el Señor las consolaba.
No llores por Mí, las dijo,
sino llorar por la causa
vosotras y vuestros hijos
que de este modo me tratan.
Llegando ya al sitio en donde
se ha de consumir la infamia,
unos la cruz le tomaron,
y mientras el hoyo cavan,
la túnica le despojan
á aquel Cordero sin mancha,
y con la fuerza que hicieron,
sus heridas renovaban,
aumentando sus dolores,
porque ya estaban cerradas
con el aire y con el frío
de aquella noche pasada,
Lo arrebataron con furia,
sobre la cruz, lo arrojaban,
diciendo: tiéndete bien,
esta has de tener por cama:
mira lo que has merecido
por tus enredos y trazas,
aquí se verá quién eres,
á ver si ahora te escapas.
Mientras que la cruz barrenan
sufre el Señor tanta infamia
de los malvados sayones,
que no puedo enumerarlas,
ni á referirlas me atrevo,
tú allá puedes contemplarlas.
La santa cruz levantaron
con gran grito y algazara,
y á Jesus clavando en ella,
riéndose le mofaban.
Sobre la cruz le pusieron
el título y por qué causa,

en las tres lenguas escritos
griega, latina y hebráica:
para que fuese notorio
á las naciones estrañas.
Al pié de la santa cruz
nuestra Madre y Reina estaba,
y san Juan al otro lado,
con las dos primas hermanas,
y Maria Magdalena
en lágrimas anegadas.
Rogó por sus enemigos
que fue la primer palabra
que el Señor dijo en la cruz;
para que tú aprendas, alma,
así á rogar por los tuyos
por injurias que te hagan.
Cristo encomienda á su Madre
al discípulo que ama,
y á Juan se la da por Madre
para que de ella cuidara.
Dimas, que es el ladrón bueno,
y á la mano derecha estaba,
le pide que de él se acuerde
cuando allá á su reino vaya;
el Señor se lo concede
y le empeña su palabra
de llevarlo al paraíso
el mismo día en que estaban.
Vuelto despues á su Padre,
con muchísima constancia,
de su grande desamparo
tiernamente se quejaba:
sed tengo, dijo á los hombres,
de que se laven las almas.
Trajeron luego una esponja
y puesta ya en una caña
llena de hiel y vinagre,
á sus labios la aplicaban.
Consumatum est, les dijo,
ya está la obra acabada.
A su amantísimo Padre
su esóritu encomendaba;

espidió una voz muy grave,
 y entre mil mortales ánsias,
 inclinando la cabeza,
 espiró. Las peñas altas
 se hundieron, titubearon
 los montes, y su luz clara
 sol y luna retiraron,
 quedó el orbe en sombras pardas.
 Para ver si era difunto,
 un soldado de la guardia
 se arrimó con su caballo,
 dándole una cruel lanzada;
 el costado dejó abierto,
 y de él salió sangre y agua.
 Pasadas como tres horas
 que Cristo en la cruz estaba,
 trataron de sepultarle
 que se acercaba la Pascua,
 y José con Nicodemus
 á Pilatos suplicaban
 que para enterrar á Cristo
 licencia les otorgara.
 Concedióla el presidente,
 y arrimando las escalas
 de la cruz lo descendieron,
 y en una sábana blanca
 envolvieron al Señor
 un sudario por mortaja,
 y en los brazos le pusieron
 de su Madre soberana.
 Aquí fueron sus dolores,
 los suspiros y las ánsias:
 no hay lengua que lo esplique
 ni aun los serafines bastan,
 que viendo á esta gran Señora
 de tanto dolor traspasada,
 enmudecen con la pena,
 sin poder decir palabra.
 Aquellos santos varones

á su Reina suplicaban
 les concediese licencia,
 porque la noche llegaba,
 para darle sepultura
 al Hijo de sus entrañas.
 El permiso les concede,
 mas del alma se lo arrancan,
 cuando del casto regazo
 con veneracion le sacan.
 Tomándole pues en brazos,
 en procesion ordenada
 hácia el sepulcro caminan,
 que estaba á corta distancia,
 y en un monumento nuevo
 entallado en piedra blanca,
 que le dispuso José
 para que Dios lo ocupara,
 depositaron al cuerpo
 del Redentor de las almas.
 Cerrado con una losa
 que le servia de guarda,
 fue esto el mayor desconsuelo
 para la Virgen Sagrada.
 Se finalizó el entierro,
 y á Jerusalem marchaban;
 la gran Reina con san Juan
 á llorar se fué á su casa
 su dolor y sentimiento,
 y en soledad tan amarga
 hasta el domingo se estuvo,
 cuando muy de madrugada
 resucitado y glorioso
 su Hijo fué á visitarla.
 Tengamos en la memoria
 la Pasion de Cristo amarga,
 y las penas de Maria,
 pidiéndole con constancia.
 que á la hora de la muerte
 nos defienda nuestras almas

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11